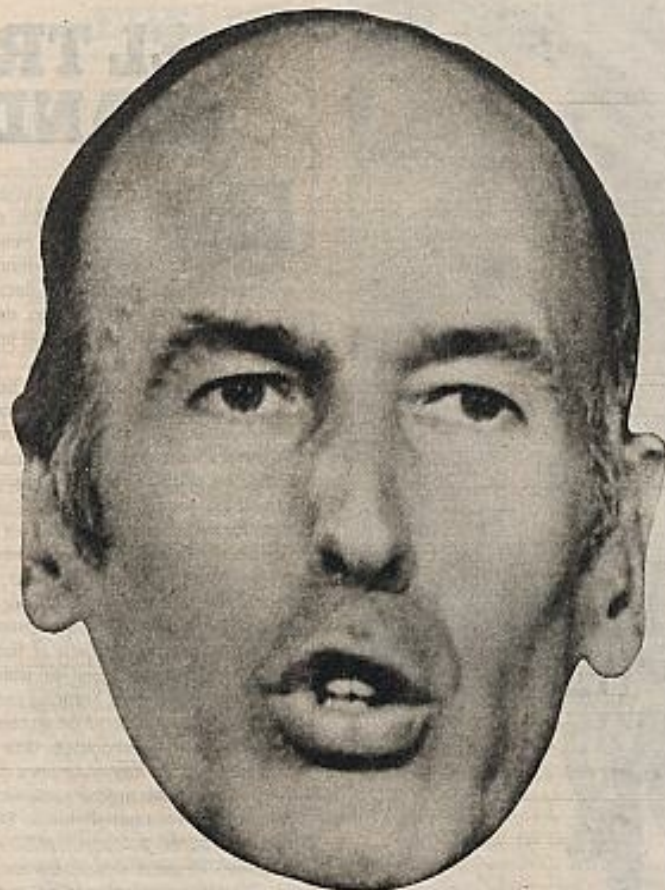


HAY una cierta relación en el origen social de los Jefes de Estado, en los Estados Unidos y en Francia. Hace dos siglos, aristócratas como Washington y Jefferson en los Estados Unidos, y Lafayette en Francia, jugaron un importante papel en el establecimiento de las repúblicas burguesas. Pero la burguesía ya había dominado la política en ambos países, en el siglo XIX —lo cual es, por supuesto, un desarrollo lógico—. De Gaulle y Roosevelt fueron los últimos aristócratas que gobernaron sus respectivos países. Después, vino la generación de los hombres hechos a sí mismos ("self-made men"): Truman y Pompidou, cuyos respectivos mandatos se caracterizaron por acusaciones de corrupción general, las cuales afectaron a sus consejeros pero no llegaron a alcanzar al mismo Presidente. Con la llegada de los hijos de los hombres que habían logrado una posición por méritos propios al panorama político —los Kennedy y Giscard— han surgido otros escándalos que están a punto de llegar a la cumbre.

Edward Kennedy, hace un año, parecía sucesor cierto de su hermano John como Presidente de los Estados Unidos —a pesar de que su padre era hijo de un gangster—. Dos generaciones antes, la fortuna de la familia tuvo su modesto inicio con la venta ilegal de licor introducido de contrabando en los Estados Unidos durante la época de la prohibición. El hijo del contrabandista, sin embargo, es el verdadero fundador del actual imperio multimillonario de los Kennedy, hecho exclusivamente a través de operaciones legales. Joseph Kennedy llegó a hacerse rico y después buscó "respetabilidad". El "compró" un puesto de embajador de los Estados Unidos en Londres, a través de sus contribuciones al Partido Demócrata, y aspiró a una carrera política, pero esta ambición fue comprometida de forma irrevocable por su hostilidad hacia Inglaterra y su oposición a la intervención de Estados Unidos para derrotar al Eje. Tuvo hijos, además. Uno de ellos murió en la segunda guerra mundial; los otros tuvieron éxitos de guerra muy respetables. Los preparó a todos, sucesivamente, para que fuesen elegidos Presidente de los Estados Unidos, y en el caso de John lo consiguió. Envío a todos sus hijos a los mejores colegios y Universidades; preparó para todos ellos matrimonios con hijas de aristócratas o, en caso de que esto fallase, con hijas de burgueses ricos.



Un paralelo kennedyano

LA "DINASTIA" GISCARD

THOMAS G. BUCHANAN

Todos ellos, con la ayuda del dinero de su padre y su reputación de divertidos play-boys, hicieron innumerables conquistas femeninas, abarcando desde una estrella de cine, como Marilyn Monroe, a "call-girls" que Frank Sinatra les proporcionaba, pero esto nunca fue un obstáculo para sus carreras políticas, hasta el incidente de Chappaquiddick. Edward Kennedy, el último superviviente desde el asesinato de sus hermanos, solía pasar sus fines de semana en una casita alquilada al borde del mar con un grupo de jóvenes y ambiciosas secretarías de la Administración del Gobierno. Invitó a una de ellas a medianoche a entrar en su coche y la condujo hacia la playa, pero cuando llegaron al puente no tenían sus manos puestas sobre el volante. El coche saltó fuera del puente y cayó al agua. Edward se salvó. Dejó que la chica se ahogase dentro

del coche, después se alejó nadando e intentó esconderse. Dijo a la Policía que había "olvidado" que había alguien con él. La mujer de Edward empezó a beber a partir de ese suceso. Llevaba recibiendo tratamiento médico en una clínica para alcohólicos desde entonces. Se la "reunió" con su marido para la campaña primaria de 1980. Edward la perdió. En muchas ocasiones sacó más ventaja que Carter, a pesar de que nadie quería que alguien como él tuviera la mano en el gatillo atómico, en caso de alguna crisis en el futuro.

Valéry Giscard d'Estaing tiene el mismo lastre, según las encuestas de la opinión pública para las elecciones francesas del próximo año, que el último superviviente de los Kennedy tuvo hace un año, pero él, además, tiene ahora un escándalo que superar: sus relaciones con Bokassa, el célebre sanguinario dicta-

dor africano al que él solía llamar su "primo", con el que cazaba durante sus vacaciones y del que durante nueve años estuvo recibiendo regalos de marfil y diamantes, a la vez que decidía cuánto dinero de los contribuyentes debería gastarse para ayudar a Bokassa.

Edmond Giscard, padre del Presidente de Francia, nació en una familia de la clase media alta de una capital de provincia. Empezó a subir en la escala social cuando comenzó a cortejar a May Bardoux, de dieciséis años, de familia bastante rica y que podía jactarse de descender —aunque sin haber estado unidos por el matrimonio— de Luis XV y una de sus sirvientas. Estaba ansioso por embellecer su propia genealogía y, después de investigar mucho, descubrió que el apellido D'Estaing parecía haberse extinguido completamente. En 1923 fue autorizado a añadirlo a su propio nombre. Cuatro años después del nacimiento de Valéry, su padre abandonó su carrera de inspector de Hacienda y emprendió una profesión más lucrativa como administrador de una empresa privada, con grandes inversiones en las posesiones francesas de ultramar. Hizo una gran fortuna comerciando con los distintos Bokassas que conoció en África y en Asia, en donde sobornar a los funcionarios del Gobierno local, para obtener favores comerciales, se consideraba como un gasto normal de negocios.

También tenía ambiciones políticas. Monárquico y antisemita, era admirador de Mussolini y Franco, y ayudó a organizar los motines contra el Gobierno parlamentario en 1934, como uno de los líderes principales de la Croix-de-Feu del coronel De la Rocque. Tanto él como el padre de su mujer, Jacques Bardoux, tuvieron cargos en el Gobierno bajo el régimen de Vichy y cada uno de ellos recibió una medalla especial de Pétain por actividades colaboracionistas.

Sin embargo, cuando Alemania empezó a perder la guerra, la simpatía que Edmond sentía por Vichy desapareció. Después de la liberación de París, descubrió que tenía un "antepasado", el conde D'Estaing, que había luchado con Washington por la independencia de los Estados Unidos, y consiguió establecer los mismos amistosos contactos con los liberadores que antes había tenido con el régimen de Pétain. Fue uno de los pocos alcaldes del régimen de Vichy que se mantuvieron en su puesto después de que Pétain fuese arrestado. Pero

sus ambiciones políticas estaban comprometidas irrevocablemente al igual que las de Joseph Kennedy, para quien su designación de embajador en Londres había sido el equivalente de los "títulos de nobleza" de Giscard. Ninguno de los dos hombres podía aspirar a ir más lejos, pero sí sus hijos, si ellos hacían los matrimonios adecuados y conseguían los diplomas idóneos.

En un libro que escribió durante los años treinta, titulado "La monarquía desde dentro: Un ensayo de la aristocracia de espíritu", Edmond Giscard pone en claro que su ambición era fundar una dinastía: "Un hombre puede

construir el éxito que merece; pero no se debe olvidar nunca que el éxito no pertenece al individuo, sino a la familia, ya que lo que el padre no puede lograr el hijo lo terminará".

Valéry Giscard d'Estaing tuvo dificultades en sus comienzos. A la edad de dieciséis años todavía compartía los puntos de vista de su padre, y cuando algún compañero de clase argumentaba que los alemanes eran enemigos de Francia, ganaba los elogios de su profesor colaboracionista insistiendo en que el enemigo de Francia era Inglaterra (un punto de vista que, en sus recientes encuentros con Margaret Thatcher,



Arriba, Giscard depositando su voto en las elecciones presidenciales de mayo de 1974. A la izquierda, Joseph P. Kennedy con sus hijos varones: de izquierda a derecha, Edward, John, Joseph y Robert.



parece haber mantenido). Después de la liberación de París, Valéry preguntó si había algo que él pudiera hacer por su antiguo compañero de clase, que había sido arrestado y deportado, pero la madre del joven le dijo fríamente: "Es demasiado tarde", y le señaló la puerta. Los oficiales gaulistas de la División Leclerc le contestaron lo mismo, pero finalmente consiguió alistarse, con la intervención de su padre, en las fuerzas de De Latre de Tassigny, otro que se acababa de convertir recientemente a la causa gaulista. Incluso tomó parte en el combate durante algunas semanas.

Cuando terminó la guerra, reanudó sus estudios y obtuvo los diplomas "idóneos" —y no uno, sino dos—. Todo lo que le quedaba era un matrimonio con éxito. Una de sus primeras novias le contó a Olivier Todd, el biógrafo de Giscard ("La Marelle de Giscard", Robert Laffont, 1977): "Nunca se cansaba de hablarme de los resortes que pensaba utilizar para saltar de una posición a otra", y otra novia recuerda que él decía candidamente: "Estoy buscando un nombre, una fortuna". La joven con la que se casó un año después de graduarse era la heredera de una fábrica de acero, que tenía un nombre aristocrático (adquirido, 1871, en 1863) y era hija de un auténtico héroe de la Resistencia.

Después de esto comenzó el irresistible ascenso del joven Valéry. Miembro de un grupo de derechas, los Campesinos Independientes, hostiles a De Gaulle, fue designado más tarde ministro de

LA "DINASTIA" GISCARD

Finanzas, cuando el partido fue admitido como aliado en la coalición gaullista. El general, como César, desconfiaba de este joven técnico "pobre y hambriento" y declaró: "Sé que un día me traicionará. Bien, espero que cuando esto suceda lo haga con cierta elegancia". El general no se equivocaba respecto a la traición. Cuando sintió que el poder se le escapaba al general, anunció su oposición a una reforma regional secundaria, con la que De Gaulle se había jugado su propia supervivencia. Después de que a Pompidou, a su vez, le hubiese atacado una enfermedad incurable unos cuantos años más tarde, Valéry logró su destino, para el cual toda su carrera había sido una preparación: se convirtió en Presidente de Francia.

Los escándalos con los que está amenazado Valéry durante la campaña electoral que acaba de empezar están relacionados con el dinero, no con las mujeres. No son sólo los diamantes de Bokassa los temas que se pueden debatir en la campaña, sino la tendencia que, como hemos dicho, tiene el jefe del Estado a especular con diversas inversiones para aumentar su fortuna privada, usando la información confidencial a la que tiene acceso. El Watergate empezó con una oscura

operación de conexiones telefónicas para interceptar llamadas como la de que fue víctima el *Canard Enchaîné* el 3 de diciembre de 1973. Al final, sin embargo, se descubrió que Nixon había acu-

mulado una fortuna bastante importante usando hábilmente sus poderes de la Casa Blanca.

A Edward Kennedy no se le ha acusado nunca de aceptar sobornos. Ni a Rockefeller tampoco,



Giscard con el Emperador Bokassa durante un banquete celebrado en Bangui.



Giscard hace ejercicios gimnásticos para mantenerse en forma durante su campaña.

con sus incontables millones. Nixon lo fue, sin duda la tentación fue mucho mayor para un nuevo rico cuya fortuna era incomparablemente menor, Edward, por otra parte, fue expulsado una vez de los exámenes por copiar, y siempre ha sido el más débil de los cuatro hermanos. *Newsweek*, en su número del 10 de marzo, citaba las palabras de uno de los líderes de la campaña electoral de 1980 de Kennedy, que decía, confidencialmente: "El carácter es la única explicación para las enormes evaluaciones negativas de Kennedy". Incluso aunque millones de americanos estuvieran de acuerdo con sus posturas sobre algunos temas específicos, sintieron que se podía confiar en Carter para tomar decisiones valerosas, aunque impopulares, en una crisis y que "Teddy" simplemente se podría alejar nadando y esconderse, mientras los Estados Unidos se ahogaban. Sus relaciones con las mujeres siempre han sido groseras. Simone Signoret narra con humor en su autobiografía cómo la abordó cuando iba con su marido en un avión que se dirigía a América. Le pidió que fuese a verlo cuando estuviese en Washington, y cuando ella lo hizo, él mandó recado de que su marido, Yves Montand, debería esperar abajo mientras él recibía a la actriz.

Giscard ha sido más discreto en sus aventuras. Nunca ha saltado con el coche por un puente, aunque sí tuvo un accidente de poca importancia una mañana temprano en circunstancias que el *Canard Enchaîné* contó con cierto regocijo malicioso. Pero los franceses no son de los que se impresionan fácilmente con un asunto como el escándalo Profumo. Sin embargo, si se probase que un Jefe de Estado hubiese utilizado su cargo público para enriquecerse ilegalmente serían menos tolerantes. Así es cómo Jacques Chaban-Delmas cayó en desgracia. El público supo, a través del *Canard Enchaîné*, que no había pagado los impuestos durante cuatro años seguidos, y no hace mucho de esto, a pesar de sus millones, gracias a los agujeros de escape de la ley, que Valéry Giscard d'Estaing, entonces Ministro de Finanzas, le había proporcionado. Chaban-Delmas, que entonces era primer ministro, no había hecho nada ilegal, pero los franceses no tienen piedad cuando se trata de dinero, y la presión pública le obligó a dimitir. Esto podría ser el Chappquiddick de Giscard. ■